Sobre la Rosa Roja

Por: Marta Picota

A través del tiempo se ha considerado a la rosa como símbolo de amistad, perfección, sencillez, amor y dignidad. Nosotras hemos adoptado la rosa roja como símbolo que represente nuestro continuo afán de perfeccionamiento moral y profesional, y para que compendie todo lo puro y bello que llevamos en el alma, pero que en ocasiones no es posible expresar con palabras.

Al hacer práctica diaria de las reglas de relaciones humanas y al convertirlas en parte integral de nuestras vidas, al hacer de la honradez, en toda la amplitud de su significado, nuestra guía, nos ayudamos a comprender mejor a los que nos rodean, y a adquirir una confianza ilimitada en nosotras mismas y en todo aquello que podamos hacer cuando así nos lo propongamos, actuando con el respeto, el donaire y la gracia que deben ser innatas en las de nuestro sexo.

Así como nos deja maravilladas el prodigio de la rosa a medida que va abriéndose a los ojos del mundo, de igual manera serás tú admirada cuando hayas adquirido la paz interna que te brinda la fe en Dios, y la seguridad del deber cumplido, y al empeñarte en hacerlas parte de tu personalidad te guiarán continuamente hacia un futuro más fructífero y hacia un mundo donde impere más compresión y más tolerancia.

La verdadera belleza de una mujer dista mucho de ser un compendio de perfección física. La belleza real, aquella que perdura, se arraiga muy por debajo de lo que a simple vista se advierte. La verdadera belleza es tan profunda cuanto sea nuestra capacidad y entrenamiento mental; tan fuerte y resplandeciente cuanto sean nuestros deseos de mejorar continuamente; tan durable y tan compleja como los principios hayamos escogido para regir nuestras vidas. La belleza es, pues, la expresión externa de los sentimientos que anidan dentro de nosotras.

Así como la rosa proclama con orgullo al mundo que le admira la diversa gama de matices, lo exquisito de su perfume, la perfección de su corola; así con su típica sencillez adorna en tantos momentos nuestras vidas, de igual manera has tuyo el propósito de superarte profesionalmente, de mejorar tu apariencia externa, de dar un poco de comprensión al que la necesita y un poco de perdón al que te ofende para que puedas, al igual que el símbolo que hemos elegido, enfrentarte al mundo en forma brillante, llena de respeto hacia ti misma y hacia tu profesión, para que sientas que los que te rodean te ven como lo que quiso Dios que fueras… Una rosa más en cualquier lugar donde te toque actuar, y una representante digna de esta asociación a la cual has decidido pertenecer para tu superación y para el progreso de nuestra profesión.

Dios, los propósitos de ASEP y la rosa roja deben ser las fuerzas que impulsen y guíen siempre tus pasos.

En memoria de
Marta E. Picota C.†
Presidenta de ASEP en 1970